

I

Origen y carácter de la literatura mexicana.—El ambiente de Nueva España durante los siglos XVI y XVII.—El problema de la poesía precortesiana.—Netzahualcoyotl.—Los bailes primitivos y el arte dramático.—Don Juan Ruiz de Alarcón.—Sor Juana Inés de la Cruz.

La historia de la literatura mexicana, como la de otros muchos países de América, no está todavía profunda y definitivamente estudiada, desde el punto interesantísimo para nosotros, de expresión de nuestra vida nacional.

Por eso, cuando en especiales circunstancias de mi carrera, en el profesorado de mi país, me vi precisado a meditar sobre esta cuestión de nues-

tra literatura, para orientar y ordenar mi juicio me hice las siguientes reflexiones, con las cuales he normado mi personal investigación en esta materia.

Desde luego, me asaltó el tópico gastado, por incesantemente repetido: la literatura mexicana, y, en general, todas las hispanoamericanas, no son otra cosa que un reflejo de la peninsular, una familia de aquella antigua y nobilísima matrona, en cuyo seno se amamantan todavía, incapaces de nutrirse por sí mismas, estas débiles literaturas novicontinentales. Tardías en su desarrollo, imprecisas en su fisonomía, tales literaturas imitan, por incapacidad de crear, los accidentes de la evolución de las letras en España, y son algo así como la proyección de sombra de un cuerpo, como el eco que reproduce una voz.

Indudablemente, en este viejo concepto hay una verdad incontrovertible: estamos en la América española atados para siempre, en nuestra marcha hacia la civilización, por el vínculo inquebrantable del idioma. Cuanto pensemos en belleza imaginativa; cuanto lucubremos en filosofía especulativa; cuanto experimentemos en sensación o sentimiento; cuanto tengamos, en fin, que

comunicar, que sacar a lo exterior en el natural esfuerzo de nuestros espíritus, lo expresaremos en la lengua madre, en el lenguaje que definitivamente nos da carácter en el mundo literario, y nos unifica con los demás pueblos que, en el árbol de la palabra viva, forman una de las ramas de las lenguas romances, la más vigorosa quizá, la más llena de savia, si bien no tan expresiva, flexible y amplia como la italiana, ni tan fina, sutil y primorosa, ni tan paciente y sabiamente labrada como la francesa. Y por ser así, por estar vinculados a perpetuidad a una de las lenguas romances, tenemos derecho a creernos, a sentirnos, a ser una difusión, más o menos remota, pero de virginales augurios, del alma latina.

El idioma castellano es la forma única que nos ha dado y nos dará personalidad literaria en el universo de las ideas.

De esta suerte es como, en virtud del uso perenne del vocablo, del giro, del modismo, de la formación analógica, de la trabazón sintáctica, de la muletilla y del proloquio, nos acercamos, en cognaciones incesantes, al espíritu de nuestros progenitores, al mismo tiempo que al espíritu de nuestros hermanos de América. Y es así como no sólo hablamos una lengua misma, sino que solemos coincidir en ideas y en sentimientos y ofrecer el caso de que mentalidades colec-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LÉON
BIBLIOTECA UNIV.
"ALFONSO REYES"
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

tivas en los grupos de cultura de nuestros países, resulten, cuando se les compara, de una semejanza que se acerca a una identidad. La paradoja de psicología de que el pensamiento es un lenguaje interior, está, es evidente, fundada en una observación verdadera. Hablar habitualmente un mismo idioma desde la niñez, implica una serie de operaciones mentales que nos obliga a enfocar, por decirlo así, nuestros pensamientos de un modo determinado y peculiar. Hablar en castellano es, en cierto modo, pensar y sentir a la española. Un misterio psíquico compenetra y cristaliza, en unidad indivisible, la forma y la esencia, la voz y la idea, la materia y la energía.

De modo que es de absoluta certidumbre que en la sucesión de los fenómenos vitales, en la transformación biológica, étnica y social de las naciones conquistadas por el genio español, la lengua es uno de los más poderosos distintivos, una de las huellas más profundas que dejó a su paso la dominación. Y esa lengua, que aprendida y difundida con necesaria terquedad, por misioneros y por soldados, por doctores y por rábulas, por buenos y por malos, a través de trescientos años; esa lengua, que, tratando de invadir las comarcas todas de los idiomas autóctonos, busca en mi país la realización del ideal supremo de derivar las expresiones heterogéneas, por un

solo y vasto cauce filológico; esa lengua, nos subordina y nos hace tributarios de una literatura monumental: la literatura castellana.

Es cierto, me dije: literatura mexicana vale por imitación, por reflejo de las letras españolas. Y me puse a recordar los principales accidentes de nuestra existencia literaria, desde las primeras tentativas de aquellos frailes—algunos de los cuales eran selectos ejemplares de bondad humana—como el seráfico Gante, Motolinía, Sahagún, Durán, pasando por los poetas latinizantes, y los eróticos, y los sagrados del siglo XVI que llegaron de la Península a esa parte de América que hoy se llama México, trayendo en sus oídos y en su corazón rumores de las églogas de Garcilaso, de las odas de Herrera y de las unciosas liras de fray Luis, hasta la gloriosa aparición en Madrid de D. Juan Ruiz de Alarcón, y el prodigio estupendo de Sor Juana Inés de la Cruz, flor divina, flor del corazón, *Yoloxochitl*, cuyo perfume exquisito, envuelto en sutilezas culteranas, trasciende todavía a cármes paradisiacos. Y recordé también el arraigo lujurioso que en esta tierra extendió, como prolífica semilla, la extravagancia del siglo XVII; recordé la épica y la lírica coloniales, y vi cómo seguíamos los contornos y sinuosidades de las figuras retóricas, de los dibujos literarios, sobre el papel de calco de la

imitación. Y ratifiqué: nuestra literatura es trasplantada, es genuina y netamente española; en nuestro terruño, mal que bien, echa frutos menos sápidos y fragantes y de gusto menos delicado que los que nos suelen venir de la metrópoli verbal.

* * *

Sin embargo, a la idea de trasplantación asocié—era preciso—la de modificación, la de alteración circunstancial, la de transformación, la de variación del tipo primordial, en fin, la de labor incesante de la naturaleza que descompone en familias diversas los organismos, según las influencias del medio en que se desarrollan, sin hacerles perder los caracteres fundamentales de la especie.

Y entonces amplí mi observación y la dirigí a distintos horizontes. Se sabe que la mezcla de dos razas, la aborígen y la conquistadora, que ha constituido el tipo del mexicano, del *mestizo* (llamémosle con el nombre evocador), ha producido alteraciones fisiológicas que los sabios estudian ahora en el fondo de sus gabinetes. Medidas antropológicas, cálculos y comparaciones anatómicos, minuciosas investigaciones, patentizan que la estructura corporal del mexicano difiere del

tipo español tanto como del americano primitivo. Fisiológicamente no somos ya éste ni aquél; somos otros, somos nosotros; somos un tipo étnico diferenciado y que, no obstante, participa de ambas razas progenitoras. Y una y otra luchan por coexistir, por sobrevivir en nuestro organismo.

Pues bien—me interrogué—; ¿por qué lo que acontece en el mundo fisiológico no ha de haber acontecido en el psicológico? Indudablemente que sí. Esa misma mezcla, ese mismo combate, esa misma coexistencia, se verifican en las regiones del espíritu, y han acabado, o acabarán por producir un tipo psíquico bien determinado y diferenciado, y paralelo al nuevo tipo fisiológico del mexicano.

Entonces vi a mi alrededor. Y atentamente me puse a hacer un rápido análisis del ambiente nacional. Sacando mi reflexión de la literatura, la dirigí hacia otras ideas correlativas a la que servía de objeto a mis investigaciones: pensé en la arquitectura y en la música. Y pensé en ellas, porque aun siendo individuales, interpretan menos los sentimientos personales que los colectivos o sociales. Nada retrata mejor a un pueblo, si atentamente se considera, que sus edificios y sus cantos. La música—dice un esteta moderno—es una arquitectura de sonidos; la arquitectura, una música de líneas. Están destinadas a las mu- che-

dumbres, y muchas veces son anónimas, y con frecuencia son el resultado de obscuras colaboraciones. En ellas reside, como en ningunas otras de las bellas artes, el alma de un pueblo.

Y rememorando nuestras viejas casas coloniales, nuestras viejas iglesias, nuestras viejas fuentes, las encontré con su sello particular, con su aspecto característico, con sus rasgos distintivos, con sus elementos propios, que hacen variable el conjunto y le dan una tonalidad que no es española ya, sino mexicana, para decirlo de una vez. Los materiales de construcción, el azulejo y el *tezontle*, combinados o aislados, contribuyen a peculiarizar los edificios. Y en seguida el pormenor, la alteración caprichosa de los estilos, el labrado por el cual se desliza alguna greca precortesiana; la abundosa floración, la hojarasca de piedra de Churriguera, retocada aquí y allí por un deseo más vivo de ornamentación excesiva; tal cual *motivo decorativo* que recuerda vagamente los relieves de los *teocalli*, todo viene a peculiarizar la arquitectura de los tiempos devotos y relampagueantes, durante los cuales se fué formando el espíritu nacional, ese que, difundándose y multiplicándose, ha de uniformar a mi país, el cual estaría en peligro de perecer si a la postre no se lograra este magno propósito.

¿Y la música? Cuando en mi Patria oímos una

canción lánguida, sensual y llorosa, una danza que dulcifica la voluptuosidad con una enfermedad ternura, una melodía simple y apasionada, que prolonga en gemebundos calderones sus quejas triviales y penetrantes, decimos inmediatamente: esa es música mexicana. La guitarra andaluza no es rasgueada allí para acompañar cantos muelles de pereza oriental, ni suspiros de amor gitano; allí, eso se transforma en la ardiente danza costeña; en la erótica y triste canción del *Bajío*; en las *mañanitas* frescas y alegres; en el *jarabe* retozón y picaresco como galantería ranchera. Esta es otra revelación que nos distingue y nos desata los lazos hereditarios de España. El *folklorismo* musical es completo. Canta dentro de él, verdaderamente, la sensibilidad popular.

* * *

Y si la arquitectura y la música revelan una clara diferenciación, ¿por qué—volví a preguntarme—la poesía no abandona el regazo maternal? ¿Por qué sigue en su primitiva servidumbre de imitadora de la musa peninsular? Lo que sucede en la Plástica y en la Eúritmia, ¿por qué no ha de suceder en la Lírica, y, en general, en la Literatura?

En efecto: si se observan con curiosidad nuestros fenómenos literarios, se ve que sí se ha verificado la misma diferenciación, sujeta, naturalmente, dentro de la forma impuesta por la lengua. — El vino no cambia los contornos del vaso—.

Y como traídas de la mano, acuden a mi memoria las alteraciones fonéticas que hemos verificado en el idioma. ¿No pronunciamos como nos enseñaron, o nos enseñaron mal a pronunciar? Hechas las investigaciones correspondientes resulta que la cuestión está resuelta de la primera manera: no pronunciamos como nos enseñaron; es decir, los grupos autóctonos que recibieron las primeras enseñanzas de la lengua, no alcanzando a pronunciarla bien, extendieron y propagaron las alteraciones fonéticas. El caso es interesantísimo. Todos los pueblos de América fueron rehacios a la pronunciación castellana de la *c*, de la *ll* y de la *z*. Y de tal modo se sustrajeron a esta pronunciación, que después de algunas centurias, ni la pedagogía, empeñada en hacerlo, ha logrado restaurarla.

A este respecto, las flamantes teorías lingüísticas, nos dicen que no es cierto que las modificaciones de pronunciación se deban al capricho o al defecto individual, sino que la inconsciencia de los fenómenos basta para demostrarnos que

una fuerza misteriosa, ignorada de los que hablan, dirige todas estas evoluciones; que no son efecto del acaso los cambios fonéticos que se producen en una misma época, independiente e inconscientemente, entre millones de individuos; que la causa de estos fenómenos es de naturaleza fisiológica (el *desplazamiento* de los sentidos musculares, lo llaman los alemanes) y consiste en la adaptación continua de las articulaciones vocales a las facultades orgánicas.

Pero no sólo hemos alterado la pronunciación de la lengua, sino también el modo de cantarla, el aire, que de enfático y sacudido que es en boca del peninsular, es suave y dulzón y como apocado en nuestros labios. El castellano, alterado fonéticamente en las distintas regiones de España, sufre nuevas alteraciones, de igual género, entre nosotros: alteraciones mexicanas.

Las costumbres y los usos de la vida ordinaria nos han impulsado a modificar asimismo el vocabulario, introduciendo en él, castellanizadas la mayor parte de las veces, nombres de utensilios, de lugares, de cosas, de frutos, de muebles, y enriqueciendo así el léxico con palabras que entran en el acerbo común, y a las cuales abre poco a poco sus herméticas columnas el Diccionario de la Academia.

La fonética alterada, el vocabulario enriqueci-

do, ¿y la poesía esclava? No puede ser, y no es, efectivamente.

El siglo XVI, con su ir y venir de cultura ibérica, con su flujo y reflujo de ambición y piedad, envía a Nueva España poetas que llegan con su carga de sueños y su bagaje de ilusiones, como Gutierre de Cetina, el platero de esa joya inolvidable, el madrigal a unos ojos claros; como Eugenio de Salazar, el autor de la Epístola a don Hernando de Herrera; como Bernardo de Balbuena, de cuya poesía, en la cual influye el ambiente, dice Quintana que es semejante «al país inmenso que lo acogió, tan feraz como inculto, y donde las espinas se hallan confundidas con las flores y lostesoros con la escasez». En el siglo XVII y XVIII se va iniciando esta influencia, y al principiar el XIX, un neoclásico, fray Manuel Navarrete, prorrumpe en anacreónticas melificadas ya con almíbares de nuestros huertos. Y nos llega el romanticismo doliente y escéptico de Espronceda; y el musical y legendario de Zorrilla; y vienen el verso sutil y de rima corriente de Campoamor, y el germanismo lacrimoso de Bécquer, y la teatral sonoridad de Núñez de Arce, y, a cada paso, a cada accidente, vamos señalando una diferenciación poseída cada vez más, no diversa de la inicial, pero sí más honda y segura. Es que se robustece el dominio de nuestra indi-

vidualidad literaria; es que venimos buscando y encontrando nuestra expresión característica; es que desde hace cuatrocientos años estamos elaborando las formas adaptables a nuestro espíritu colectivo y personal; es, por último, que en la lengua que hicimos nuestra, como era preciso y natural, seguimos paralelamente las alteraciones fisiológicas y psicológicas de nuestro ser.

Y el temperamento, que es la resultante de estas alteraciones, se impone a la palabra y la plasma a su guisa, de acuerdo con sus necesidades. Mucho ha dejado en nosotros el alma española; pero por debajo de esta herencia palpita, con energía avasalladora, el sedimento indígena. A la alegría sanchuna, al delirio quijotesco, se juntan dentro de nuestros corazones la tristeza del indio, la fuerza selvática del antepasado, la ancestral desconfianza del sometido, la descoyuntada dulzura del aborigen. Y si somos mexicanos para vivir, lo somos para hablar y para soñar, y para cantar.

Y estos son los elementos, los materiales, con que componemos nuestra obra de arte. Y es de notar que si algo nos distingue principalmente de la literatura matriz, es lo que sin saberlo y sin quererlo, hemos puesto de indígena en nuestro verso, en nuestra prosa, en nuestra voz, en nuestra casa, en nuestra música; la melancolía,

Mirando los campos de la Mesa Central, de un gris dorado y salpicado por los verdes florones de púas del agave, y las matas de apretados discos de obsediana, de las *nopaleras*; mirando nuestras largas llanuras inflamadas por el crepúsculo de la tarde, y nuestras montañas borrando su violeta pálido en el horizonte, sentimos que en nuestro pecho se remueven obscuras añoranzas y vagas inquietudes, y, entonces, nos sentimos impregnados de la hierática melancolía de nuestros padres los *colhuas*. Una resurrección sentimental se apodera de nuestro carácter de novo-hispanos. Y por eso nos inclinamos incesantemente a melancolizar nuestras emociones. A todo le echamos y le ponemos un tinte de melancolía. Y no sólo en las cuerdas líricas, sino hasta en nuestros arranques épicos, hasta en nuestra gracia risueña, hasta en nuestro fugitivo *humorismo*, solemos poner una arena de esta melancolía. Perfumamos regocijos y penas con un grano de *Copal* del sahumero tolteca.

Al concluir mis reflexiones pude reducirlas a los siguientes conceptos: del fenómeno Conquista, al fenómeno Virreynato, a los fenómenos Inde-

pendencia y Reforma, los movimientos sociales, conmoviendo los espíritus, han influido sobre las ideas y han alterado, por lo tanto, las formas literarias.

Ardua tarea, sin duda, sería la de estudiar estas alteraciones, siguiendo el cauce de nuestra vida social, y observando cómo va delineándose nuestra variedad expresiva dentro de la unidad inmovible de la raza y del verbo. Es esta una de las fases, de gran trascendencia para lo futuro, del hispanoamericanismo, del destino de los pueblos, vinculados por herencia, a un brillante pretérito, y destinados, a la vez, a un papel de primera importancia en los sucesos por venir.

Y si en conjunto, abarcando totalidades, se ve claramente que existe una literatura mexicana, a la cual ni cognaciones ni orígenes impiden tener una fisonomía propia, no demasiado marcada todavía, pero que ya muestra peculiares rasgos, en la observación pormenorizada, en el análisis particular, en la crítica de los diferentes tipos literarios representativos de nuestras épocas evolutivas, se confirma mejor tal vez esta diferenciación y se comprueba la tendencia á individualizarnos.

A este criterio sujetaré mis apreciaciones al tratar de reducir en cinco conferencias, un esbozo histórico y crítico de la literatura mexicana.

Séame permitido en esta primera, pasar rápidamente sobre nuestros orígenes literarios, y recorrer, a grandes vuelos, los siglos XVI y XVII, durante los cuales se fundó la cultura de la nueva civilización.

* * *

En la pintoresca vida de la Colonia, la capital de Nueva España presenta una variedad y un color extraordinariamente sugestivos. Una ciudad que emergía de las aguas apacibles de los lagos en el centro de un valle amplísimo; una ciudad que ofrecía el aspecto de un ramillete que flotase en las heces cristalinas de una inmensa copa de zafiro; una ciudad cuadrículada simétricamente por la línea de vidrio de los canales y cruzada por las bandas grises de las calzadas; una ciudad, donde empezaban a empinarse, al lado de las *chinampas* floridas y de los aztecas palacios piramidales, y en torno del *teocalli* desierto, las pesadas casas castellanas y andaluzas, y los templos cristianos levantados con las piedras de las ruinas todavía calientes por el incendio, debió de interesar mucho a los hombres de observación y cultura de aquellos tiempos, a los que llegaban a la recién nacida Nueva España movidos por una fe, por una ambición, por una

audacia, por la irrefrenable inclinación de aventura que sacudió el espíritu español en agitaciones de truhanes y caballeros, de frailes y soldados, de licencia y devoción, de miseria y grandeza, de burla y epopeya. Todo eso se derramó en la tierra de los *meschica* para fundar una civilización vencedora sobre los escombros de otra vencida.

Pero al caer fué modificándose por efecto del cambio de ambiente, y con suma lentitud transformándose en peculiares manifestaciones, en variedades distintivas, como he dicho ya. La literatura vino también, no en grupos precisamente selectos, pero sí numerosos. Latinistas y helenistas, filósofos y poetas, congregábanse en monasterios y colegios; borlas doctorales de Alcalá, Salamanca, Lovaina y París, esponjábanse orgullosamente sobre los oscuros birretes; maestros de las órdenes religiosas, oidores, notarios, físicos y cirujanos, traían entre su matalotaje algún cartapacio de manuscritos: éste una traducción horaciana, aquél un tratado de retórica, el de más allá un centón lleno de anotaciones y glosas, y el otro una égloga, una epístola, una silva lacrimosa, un soneto amatorio. Era—lo repito—una trasplatación desordenada al principio, pero que poco a poco se metodizaba y hacía sus oficios pedagógicos, en las aulas de los colegios, en

los patios de los conventos, y, a su tiempo, en el claustro de la Universidad.

Los doce misioneros franciscanos que llegaron en 1524 a «conquistar y sojuzgar espíritus, como los soldados de Cortés habían conquistado tierras y avasallado hombres», fueron el cimiento sobre el cual se levantó, pesada y sombría, la nueva superstición del alma indígena, superstición que moderaba los ímpetus y bravuras del conquistado, que disminuía sus ferocidades, que le hacía más sumiso y, por lo tanto, más resignado al yugo; pero que no variaba, porque era imposible variar así, y en tiempo tan breve, la estructura mental de la raza, la cual no hizo más que trasladar la adoración por los ídolos sanguinarios a otras imágenes, de actitudes tranquilas y mirada serena, que no pedían el sacrificio sino que lo aceptaban, y que, en vez de arrancar el corazón de los enemigos, ofrecían el suyo, y con él una vida mejor, sin hierros de esclavos, sin carga abrumadora, sin encomendero y sin conquistador. Aquellos frailes hicieron una labor piadosa: apaciguaron un poco el tumulto espiritual de los indios; no extinguieron su rencor, lo adormecieron solamente, y abrieron, en el nublado rojo que los envolvía, el horizonte de una remota esperanza. La conversión al cristianismo era el fin único de los misioneros. Cortés se empeñaba en que

los primeros en recibir la instrucción fuesen los príncipes y señores de las tierras sometidas, para poder así afirmar la obra de dominio; pero los franciscanos ensanchaban su misión con ardor y constancia. En 1536 establecieron, al lado de su convento, un gran colegio para los indios, llamado de Santa Cruz de Tlalotelco. Allí se enseñaba lectura, escritura, gramática latina, retórica, filosofía y música. Eran catedráticos fray Juan Focher y fray Juan de Gaona, doctores de la Universidad de París; fray Francisco de Bustamante, insigne predicador; fray Bernardino de Sahagún, penetrante y amable historiador de la vida y costumbres autóctonas. De allí salieron los primeros hombres de letras cultivados en Nueva España. Fray Pedro de Gante, un varón noble y de admirable virtud, que llevaba en las venas sangre del emperador Carlos V, abrió también, bajo la sombra del Convento de San Francisco, una escuela, a la que acudían hasta mil niños indios, a los cuales se enseñaba lectura, escritura, latín, música y canto. La instrucción para naturales y criollos se difundía con apremiante rapidez. Era preciso continuar en lo intelectual y moral la obra políticamente terminada de la españolaización. El rey, el virrey, el Ayuntamiento, al mismo tiempo que los misioneros, la emprendieron también. Y el 21 de enero de 1553, trein-

ta y dos años después de la llegada de Hernán Cortés a *Tenoxtitlán*, se inauguraba solemnemente la Universidad de México, en cuyos estatutos se la concedían iguales privilegios que a las de Alcalá, Salamanca y Lovaina. Doctores insignes, venidos de la Metrópoli, como fray Alonso de la Veracruz, Rodríguez de Quesada, Pedro de Peña, Morones, Arévalo Sedaño, ocuparon las cátedras, hasta las cuales elevaron la enseñanza de los idiomas mexicano y otomí.

«La Universidad—dice mi maestro D. Justo Sierra—nació en la Colonia; nació con la sociedad engendrada por la conquista, cuando no tenía más elementos que aquellos mismos conquistadores proporcionaban o toleraban. Se erigió—agrega—una gran casa blanca, decorada de amplias rejas de hierro vizcaíno, a orillas de uno de esos interminables canales que recorrían en todas direcciones la flamante ciudad, y que pasando por frente a las casas del Marqués del Valle, corría a buscar salida por las acequias que cruzaban, como en los tiempos aztecas, la capital de Cortés. Los indígenas, que bogaban en sus luegas canoas planas, henchidas de verduras y flores, oían atónitos el murmullo de voces y el bullaje de aquella enorme jaula, en que magistrados y dignidades de la Iglesia regentaban cátedras concurridísimas, donde explicaban densos pro-

blemas teológicos, canónicos, jurídicos y retóricos, resueltos ya, sin revisión posible de los fallos, por la autoridad de la Iglesia. Nada quedaba que hacer a la Universidad en materia de adquisición científica, poco en materia de propaganda religiosa, de que se encargaban con brillante suceso las comunidades, todo en materia de educación por medio de las selecciones lentas en el grupo colonial. Era una escuela verbalizante; el *psitacismo*, que dice Leibnitz, reinaba en ella. Era la palabra, y siempre la palabra latina, por cierto, la lanzadera prestigiosa que iba y venía sin cesar en aquella urdimbre infinita de conceptos dialécticos; en las puertas de la Universidad, podíamos decir de las Universidades de entonces, hubiera debido inscribirse la exclamación del príncipe danés: palabras, palabras, palabras. Pero la Universidad mexicana, rodeada de la muralla de China por el Consejo de Indias, elevada entre las colonias americanas y el exterior, extraña casi por completo a la formidable remoción de corrientes intelectuales, que fué el Renacimiento, ignorante del magno sismo religioso y social que fué la Reforma, seguía su vida en el estado en que se hallaban un siglo antes las Universidades cuatrocientistas. ¿Qué iba a hacer? El tiempo no corría para ella; estaba emparedada intelectualmente, pero como quería hablar, habló por boca de sus

alumnos y maestros, verdaderos milagros de memorismo y de conocimiento de la técnica dialectizante.»

«Así pasó su primer siglo aquella casa de estudios en que la Nueva España intelectual cifró su orgullo, hasta que aparecieron los terribles rivales, los que, *ad majorem Dei gloriam* iban a monopolizar toda la educación católica.»

Dentro de ella y alrededor de ella, oyéronse cantos líricos que no eran imitaciones precisamente, sino reproducciones de los que sonaban en torno de las aulas de Salamanca y Alcalá, y que a pesar de los esfuerzos de Cristóbal de Castillejo, llevaban ya, inclarificada pero fragante, la miel de Petrarca y la llorona insinceridad de las églogas italianas. La capital de Nueva España era una pajarera. Con la osadía de los soldados, la audacia de los aventureros y la virtud de los frailes, había llegado también la literatura trahumante. Un cronista, Bernardo de Balbuena, afirma que la «facultad poética era como una influencia y particular constelación de México, según la generalidad con que en su noble juventud se ejercita».

Y el doctor Pedro Morales, insigne jesuita, narra una de las incesantes fiestas literarias de aquella naciente y alharaquenta sociedad de México, en el siglo XVI. Voy a permitirme copiar

aquí un pequeño fragmento de la narración. (Se trata de la festividad hecha en el año de 1579, con motivo de la colocación de las santas reliquias que envió Gregorio XIII.)

«Se hizo—dice el Padre Morales—un solemne paseo de los estudiantes de nuestras Escuelas y Colegios, y luego se ofreció con mucho amor y liberalidad un padre de un colegial del Colegio de San Pedro y San Pablo, a querer tomar este asunto y que su hijo fuese el príncipe, y así lo sacó el día del paseo, que fué a 2 de octubre próximo pasado, vestido todo rigurosamente de seda y oro, en un muy hermoso caballo blanco costosísimamente enjaezado, acompañado de cuatro caballos de librea y dos españoles reyes de armas, que, con dos cordones de seda, le guiaban el caballo; y de esta suerte vino, con mucho acompañamiento y música, desde su casa hasta el patio de nuestras Escuelas, adonde se juntaron en breve más de doscientos estudiantes, todos a caballo, con muy ricas libreas de seda y oro, en diferentes cuadrillas de españoles, ingleses y turcos. Desde allí salieron todos en ordenanza, de dos en dos, por las mismas calles que había de ser la procesión de las santas reliquias. En la delantera iba la librea de la ciudad, de colorado, con su música de atabales y trompetas; en seguimiento las dichas cuadrillas muy

concertadas y detrás de ellos, delante del príncipe, iba un rey de armas con un gracioso caballo, el cual, armado muy ricamente de punta en blanco llevaba en una lanza dorada y banda de azul, el cartel y justa literaria en que se contenían siete certámenes sobre las santas reliquias. Tenía este cartel tres varas en alto y dos en ancho, en el cual iban las armas de la ciudad, que son una planta de tuna campestre en medio de una laguna y encima de ella una águila con una culebra en el pico. Iba también el cartel puesto en el cuerpo del águila, que ella misma lo abrazaba y sustentaba con las uñas. Por remate de todo iba el príncipe en la forma dicha, acompañado de dos colegiales de cada Colegio, hombres graduados con sus becas y hábitos de colegiales en sus mulas honestamente aderezadas, que daban mucho ser y gravedad a todo lo que se hacía. Y con este concierto, y en dos trechos algunos clérigos y gente principal ciudadana que los guiaban y acompañaban, prosiguieron su paseo hasta haber pasado la plaza que dicen del Marqués y asomar a la Plaza Mayor, adonde los salieron a recibir los alcaldes ordinarios y personas del regimiento que allí se hallaban y otros muchos caballeros, hasta llegar a las casas del Ayuntamiento, en las cuales, a una ventana, estaba ya puesto un rico dosel donde se fijó el cartel con

mucho ruido de atambores y trompetas y regocijo de todos, que con mucho contento llegaron luego a ver y leer los certámenes y premios que con liberal mano, como acostumbra, había dado el muy ilustre Ayuntamiento.» Y el Padre Morales añade: «Las composiciones de latín y romances a todos los certámenes fueron muchas y muy buenas, por ser tales las habilidades de esta tierra.»

Incesantes, como digo, eran en Nueva España estas suntuosas fiestas, en las cuales la religión se valía de la inclinación poética para exhibirse y propagarse en un medio en el que todavía, bajo la morena masa de las multitudes, palpita, como una entraña herida, una civilización agonizante. Todo ello era artificial y vano, y en su sonoridad aturdidora no se percibía una voz verdadera, una emoción sentida. El ruido retórico de la España quinientista se prolongaba como un eco profundo en las llanuras del valle mexicano. Por entre las predicaciones y las oraciones, por entre los rumores del tumultuoso trabajo de los indios, que a toda prisa levantaban las nuevas casas y las flamantes iglesias españolas, y labraban, en los sillares de sus templos, una arquitectura desconocida para ellos y menos suntuosa que la suya; por entre el ruido de las armas siempre dispuestas, de las espadas relampa-